



# El pollo tiene pelos

Ricardo Abdallah

1.

“El pollo tiene pelos” dijo Justine. Serían las once de la noche de un martes. Es difícil quedarse indiferente luego de una frase como esa. Es decir, uno entiende que el pollo tenga pelos, esas cosas pasan, pero hay que entender el contexto: era la época de la gripe aviaria y el aniversario de Chernobyl.

“Es asqueroso” dijo Justine.

Es difícil quedarse indiferente luego de una frase como esa. Algo queda sonando en el inconsciente como la última campanada del reloj de péndulo de mis abuelos, que ustedes no conocen, como una vieja reminiscencia de la época en que uno era el mejor del salón para coleccionar los Garbage Pail Kids. Y eso sin saber que luego el tipo que las dibujaba ganaría el Pulitzer.

Justine miraba la bolsa de la basura por donde se asomaban (era literal, se asomaban) los restos de un pollo asado. Lo más curioso, lo noté cuando me acerqué, era la manera en que había sido cortado. Alguien, no yo, se había comido el pollo sin despedazarlo.

Eso no era lo más curioso.

Lo más curioso es que el pollo tenía pelos. No una larga cabellera por supuesto, lo que lo habría convertido en un pollo-

sansón. No. Unos pelitos chiquitos que le salían de la piel.

“Mierda. Es verdad que los crían con hormonas”.

“O la gripe aviaria entró a París por nuestro apartamento”.

“O el aniversario de Chernobyl. Claro”.

“¿Cuánto llevamos sin comer pollo?”.

“No sé, supongo que desde antes de la última vez que comimos pescado, porque hay una cabeza de pescado encima del pollo” contesté. La pereza de sacar las bolsas de basura había convertido la caneca en un pozo arqueológico en el que podíamos reconstruir nuestras cenas por la profundidad en la que estaban sepultadas nuestras sobras.

El pollo que sobresalía del cesto de basura fue la atracción principal del apartamento de la Rue Xantrilles durante las siguientes seis o siete semanas, lo que no era fácil considerando que Jack, que era irlandés, tocaba canciones de Britney Spears con perfecto acento americano, Justine había sido soprano y aún ejercía en las horas libres que le dejaba su trabajo como exploradora de páginas de internet y yo escribía para la *Rolling Stone*. Aunque los visitantes dudaran al principio (“Hasta no ver no creer” dijo Yonfabis “Hasta no ver no creer” dijo Corina, pero en español). Luego cambiaban de opinión.



Werner Naranjo (96-0425), estudiante - egresado, *Torero embestido con base en Picasso*, grabado en metal: aguafuerte - aguatinta, año: 1996, edición: p/a, dimensiones: 35 x 50 cm, soporte: Durex 180 g

“Sí, tiene pelos” decían.

La cabeza de pescado, en cambio, nunca mereció un comentario.

2.

Me había ido a vivir con Jack y Justine cuando Johannes, el alemán que vivía con ellos, había abandonado el apartamento sin previo aviso y sin llevarse un voluminoso baúl que tenía en su habitación. Sus compañeros lo buscaron sin éxito en dos o tres hospitales, en la morgue y en Google. Abandonaron sus esperanzas al segundo día.

Entonces Justine me llamó para ofrecerme el cupo vacante en el Apartamento del 2<sup>a</sup> 6 Rue Xantrailles.

—Johannes no apareció —dijo— y ya no vamos a buscarlo. Puedes tomar su habitación.

Pero en realidad era ella quien iba a tomarla y, por la módica suma de 300 euros, yo tendría el derecho de dormir en la sala.

—¿Voy a dormir en el sofá?

—Llevo tres meses allí.



No se puede dejar pasar un cupo en París aunque se trate de un sofá. La mudanza fue breve, arrojé lo que Justine no recogió de la sala sobre un baúl donde ella había arrojado lo que sí había recogido.

La primera semana fue fácil. Es decir, había mugre pero poquita y la comida cumplía su ciclo de ser preparada, servida en los platos y dividida entre lo que se come y lo que va a la basura.

Era un mínimo, ni siquiera suficiente para alguien que como yo se había criado en medio del orden y el aseo, diría yo, aséptico, de una madre, diría yo, enfermiza.

Pero era un mínimo.

Las dos primeras semanas de convivencia entre nosotros fueron perfectas. Luego Jack y Justine regresaron de Londres.

Es decir, es fácil no tener problemas de convivencia cuando tus compañeros de apartamento están de vacaciones al otro lado del Canal de La Mancha.

Yo digo Londres porque en qué lugar del otro lado del Canal de La Mancha no puedo acordarme.

Cuando regresaron establecí las tres reglas. Podrían haber sido más (de hecho debieron haber sido más) pero había leído mucha ciencia ficción cuando pequeño y las tres leyes de Asimov bastaban para evitar cualquier sublevación robótica. Ni qué decir que las tres de Big Brother eran efectivísimas.

“Hay tres reglas” dije:

Lo que dentro de la nevera esté podrido, se bota.

Cuando una bolsa de basura esté llena al punto de que la sola acción de introducir (otra) colilla la reventaría, se bota.

Cada quien puede hacer en su habitación el desorden que quiera, pero las habitaciones ajenas se respetan.

Las dos primeras reglas eran claras. La interpretación de la tercera era asunto de expertos en derechos constitucional, internacional y de usos y costumbres. Yo dormía en la sala, por tanto esa era mi habitación y quedaba incluida en la tercera norma; para ellos la sala no era técnicamente una habitación, por lo que la tercera norma no la cobijaba.

3.

El desorden aumenta de una cierta manera progresiva, lo que debe ser un mecanismo de Dios, que es desordenado y gusta de andar con pasos pequeños y disimulados. Primero Caín mata a Abel, luego Hiroshima y no te das cuenta. Primero una colilla abandonada, casi huérfana, casi produciendo lástima. Luego uno o dos vasos vacíos y después el ciclo interrumpido de la comida que salía de la cocina y comenzaba a enfriarse para luego llenarse de hongos y telarañas. Las medias, que como alguna vez leí en *Reader's Digest*, se convertían en ganchos para colgar la ropa y el hecho de que la respuesta reiterativa a “¿Dónde puede estar?” fuera “¿Buscáste bajo la cama de Jack?”.

Si me molestaba, o ellos se molestaban, comenzaban aquellas discusiones que una vez tuvieron por conclusión: “El desorden es un problema de tiempo y memoria”, lo que resultaba casi proustiano, o sea bello, o sea pomposo, o sea



Álvaro Osorio (01-999), estudiante, *Catalina*, grabado en linóleo (una tinta),  
año: 2000, edición: 4/20, dimensiones: 35 x 70 cm, soporte: Canson 180 g

falso al menos hasta la mitad, porque podía decirse lo que fuera sobre nuestra memoria (la mía falla, eso explica ciertas contradicciones) pero tiempo no nos faltaba porque en esa época no teníamos ni hobbies ni trabajos, lo que hacía más vergonzosa la tendencia a lavar los platos no cuando estuvieran sucios sino cuando se necesitaran. Simétricamente, los restos de arroz de la semana pasada sólo iban a la basura cuando se necesitaba la olla para los espaguetis porque la olla de los espaguetis había desaparecido.

“¿Dónde puede estar?”.

“¿Buscaste bajo la cama de Jack?”.

Muchas veces las cosas perdidas aparecían bajo la cama de Jack. Allí había encontrado

yo mi taza de Virginia Woolf, aún con café con leche, los tiquetes para un espectáculo de Victor Daville, un compacto de The Carpenters, dos docenas de fresas y una rubia cuyo origen Jack negó conocer.

Los dos miramos a Justine.

“No me gustan las rubias” dijo.

La olla no apareció bajo la cama de Jack. Nadie había vuelto a verla desde que yo había preparado unos espaguetis con manzana. Pedacitos de pasta y/o manzana habían aparecido en uno de mis zapatos y en el fondo de mi jarra de café. También la conserje, una portuguesa amable, valga la doble redundancia, encontró pedacitos de manzana y un pelo con un nudo en la mitad cuando se tapó la cañería.



Pero si bajo la cama de Jack podía encontrarse cualquier cosa, en la habitación de Justine ni siquiera se buscaba. Cada vez que se preparaba para salir, "Prepararse para salir" era una acción que le tomaba la mitad del día, Justine peleaba porque no encontraba su pase Navigo ni su pasaporte ni su tarjeta telefónica Messenger ni una grabadorcita digital con la que grababa lo que escuchaba por la calle. Luego no encontraba nada más y el colchón en el que dormía estaba cada vez más lejos del suelo.

La situación tocó fondo al final de un día de compras cuando insistí en desocupar la nevera (la regla # 1 que no se cumplía más) y encontré un frasco que contenía una salsa de tonos que iban del amarillo denso de la mostaza de Dijón al rosa de, qué sé yo, la pantera o la bachata o la serie, en el cual flotaban, o mejor se semisumerían, diversos tipos de encurtidos.

"SE bota".

"Puede ser".

"¿De quién es?". "¿?". "De nadie. Se bota".

Al destaparlo salió un gas violeta seguido, no de un genio, sino de un olor a azufre con huevos revueltos donde el azufre predominaba. La línea de emergencias del departamento de salud de la municipalidad de París recibió llamadas de casi todos los apartamentos del 2<sup>o</sup> de la Rue Xantrilles.

"Se acabó" dije. "Se hace aseo de inmediato".

Y así fue cómo me convertí en mi mamá.

Y así fue como surgió la idea de armar un museo con los objetos encontrados bajo la

cama de Jack que incluían dos resmas de volantes impresos con la cara de Johannes.

La rubia se opuso a hacer parte del museo y se fue.

Y así fue cómo Jack y Justine encontraron a Johannes. Es decir, encontraron el baúl. Johannes había pasado tres semanas adentro. Se había roto las piernas al resbalar en un charco de café y licor de pastís y había sobrevivido gracias restos de pizza del Camelot de Tolbiac y dos botellas de agua mineral que Justine había escondido cuando Jack la había acusado de anoréxica.

"Termino de arreglar mi habitación y te sacó de ahí" dijo Justine.

Pero arreglar una habitación toma tiempo y la familia de Johannes ya había dejado de buscarlo. Justine tuvo sin embargo el gesto noble de arrojar cuatro cajas más con restos de pizza antes de cerrar el baúl y amontonar encima toda la ropa y los platos, cada uno más sucio que el anterior.

**Ricardo Enrique Abdallah Camacho** (Ibagué, Tolima, 1978) es ingeniero electrónico de la Universidad Industrial de Santander, tiene estudios de maestría en Información y comunicación y en Periodismo, medios y globalización de la Universidad de París. Ha sido colaborador en revistas como *Rolling Stone*, *El Malpensante*, *Avianca*, *Arcadia* y *Gatopardo* y en el periódico *El Espectador*. Ha publicado los libros: *Carmelita Schiksal*, *Las extrañas circunstancias que rodearon la vida de William Cruz*, *Kurt Cobain, el Rock estaba muerto*, *El desierto y otros cuentos*, *Licantropía* y *Noche de quema*. Ha ganado diversos premios de literatura nacionales; fue seleccionado para el Premio de la Fundación para el Nuevo Periodismo Latinoamericano y ganó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.